

Foll.
37.036
1

01776

Dines

CEASE

**Centro de Estudios sobre Administración
y Supervisión de la Educación**



Ministerio de Cultura y Educación

Proyecto DINEMS-PNUD-UNESCO ARG /73/001

Buenos Aires • República Argentina

1977

14/10/81
AW
3

Fo 11
37.036
1

INV	001776
SER	Fo 11 37.036/1
LIB	✓

Proyecto DINEMS-PNUD-UNESCO ARG /73/001

EL ADOLESCENTE COMO ESPECTADOR
DE LA OBRA DE ARTE
Prof. Ariel E. Bianchi

Publicación n°5

g 2 01988

Ministerio de Cultura y Educación
Buenos Aires
República Argentina
1977

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y ESTADÍSTICA
Paraguay 1007 - 1er. piso
1062 Buenos Aires - República Argentina

EL ADOLESCENTE COMO ESPECTADOR DE LA OBRA DE ARTE

1. Qué es un espectador?

El término espectador posee una resonancia peculiar de carácter orteguiano. Si recurrimos a la primera publicación de aquellas celebradas páginas que tuvieron por título ese nombre (1916), podemos extraer estos tres sentidos que van a jugar muy apropiadamente para nuestro tema:

- a) Espectador es el que contempla (en este aspecto hay una raíz platónica).
- b) El que especula, pues quiere ver la vida que fluye para hacerla suya (rasgo muy típico del adolescente).
- c) Perspectiva, punto de vista, modo especial en que alguien se inserta en el universo (esto también será muy válido para el adolescente, según veremos).

2. La obra de arte.

El espectador se acerca a la obra de arte. Puede ésta ser teatral, musical o plástica. La aproximación va unida a una cierta tensión, a una expectativa, por lo común alimentada por muchos comentarios previos. Antes de llegar a la misma, a la experiencia contemplativa que nos interesa, analicemos sumariamente las características de la obra de arte y qué condiciones hacen posible su peculiar modo de ser.

Ante todo, es un misterio que se sustenta en componentes materiales variados (que pueden llamarse, según los casos, escenario, telón, utilería, óleos, yesos, etc.). Ese misterio se presenta con un relativo aislamiento de la vida cotidiana (que lo puede dar la penumbra de la sala, el marco del cuadro, el pedestal de la estatua). Al exponerse al espectador, abre perspectivas a una variedad de sentidos para la interpretación y permite descubrir una esfera propia de valores ajenos a la utilidad y a la materialidad.

Ahora bien, la posibilidad de que la obra de arte asuma existencia para el contemplador depende de una inefable vivencia, la del "como-si"; es decir, que se la acepte tal cual si tradujese un tema dramático real, un proceso de espiritualización que se desprende de la tela, o del mármol, de la combinación de sonidos o de palabras, etc.

Cuando, consiguientemente, la obra de arte toma vida, su espectador descubre que crece en su intimidad un sentimiento de libertad desconocido. Ante la obra de arte se ensancha, se expande la vida. La imaginación cobra vuelo y autonomía.

3. Cómo es el espectador adolescente?

Para caracterizarlo vamos a recurrir a algunos enfoques variados que

nos darán una noción suficientemente amplia como para comprender luego su específico modo de aprehender la obra de arte.

- a) El adolescente es alguien que experimenta en sí la transformación de su cuerpo como una nueva cenestesia (A. Ponce). Su sensibilidad adquiere otro tono por acción de la íntima modificación hormonal, sobre todo. Las vivencias psicológicas reciben ese efecto multiplicador. De ahí que sus sentimientos vitales oscilen entre las expectativas del triunfo (ambición) y del fracaso (angustia).
Este ensayo de caracterización combina bien con iniciales retratos de esta edad como etapa "de la tormenta y el ímpetu", así como establece vinculaciones fáciles con las escuelas romántica y expresionista en el campo del arte.
- b) El adolescente busca saber quién es. Progresivamente toma conciencia de que debe definir su identidad (E. Erikson). Precariamente se apoya en mecanismos de identificación con otros, hasta que logra seguridad en cuanto a su identidad personal (mismidad y continuidad de la propia existencia en el tiempo y en el espacio) e identidad del yo (conciencia de un estilo de la propia individualidad).
Este planteo se relaciona con el sentido del espectador "como captador de vida no vivida para hacerla suya", porque de esa manera el adolescente vuelca ansiedad por dar respuesta al problema de "su ser-así y no-de otro-modo".
- c) La adolescencia es la edad de la crisis de los objetos de amor, en cuanto es la etapa de sustitución de los amores primarios (padre-madre) por otros objetos (masculino-femenino), tal cual lo ha señalado la teoría psicoanalítica. Es, por lo tanto, etapa de búsqueda y de enriquecimiento de vivencias sexuales, eróticas y de amor. He aquí una motivación sustancial para aproximarse a la creación artística.
- d) Es la edad de la crisis de originalidad, definida por M. Debesse. Tres notas subrayaremos de esta tesis: disconformismo; crecimiento de una conciencia de sí y del valor personal que lleva al egotismo; síntesis mental personal como modo de concepción del mundo.
Este proceso, transido de un deseo de sentirse libre, se manifiesta en el juicio de valor de la obra contemplada de un modo muy claro.
- e) El adolescente se muestra ambiguo en la estructuración de su conducta. Situado en un campo intermedio entre el niño y el adulto, ensaya la autonomía de la conducta (con lo cual se aleja de la infancia), pero carece de la seguridad necesaria (porque todavía no es mayor). Por eso a veces claudica y se irrita, por ello transita por una zona difusa y busca una región de poder que le pertenezca. Esta es la posición topológica de K. Lewin y sus discípulos. Serviría para explicar las bruscas oscilaciones de las perspectivas del espectador juvenil y su afán de querer absorber para sí y no para otros ciertas obras y determinados autores (muy notable en el plano de la música, de la poesía, etc.).
- f) Es la etapa que vive de un modo nuevo la temporalidad. Por una parte, entra a jugar la dimensión futuro en las vivencias adolescentes, que se solaza

en fantasear autísticamente con anticipaciones de experiencias y proyectos. Si bien el futuro entra así en el cálculo del adolescente, sus series temporales son muy subjetivas y se resiste a aceptar el compromiso de una memoria social compartida. Su tiempo tan pronto es de agua y discurre raudamente según el dictado de su ansiedad, como se vuelve viscoso como la miel y se adhiere a aquello que lo gratifica a la vez que se resiste a asumir el tiempo de las obligaciones.

La experiencia de la temporalidad está presente en la permeabilidad que el adolescente revela en cuanto a la captación de los ritmos.

- g) La adolescencia es la edad que se plantea la problemática social. Las distintas áreas de la sociedad, sus dimensiones políticas, económicas; los fenómenos de la sociabilidad y sus formas; las relaciones de amistad y compañerismo; los procesos de cooperación y antagonismo; los prejuicios, creencias y actitudes grupales; las alternativas y modalidades de los conflictos, son experiencias que en esta etapa empiezan a asumirse de manera inédita.

De ahí la atracción de la obra artística que se presenta como vida que objetiva sus confusas experiencias y le permite mejor comprender y comprenderse.

- h) La adolescencia es, por último, la edad de la epifanía de los valores, sea por la vía del cuerpo que se abre a los misterios de la sexualidad; sea por el camino intimista que le permite avizorar experiencias metafísicas; sea por la senda de la expansión sociocultural; sea por una distinta forma de percibir y sentir la naturaleza. Todos los caminos muestran a la adolescencia como época de manifestación de áreas nuevas de conducta, revelación de valores encarnados en personas y bienes; es, en fin, epifanía. Y dentro de este cuadro se van desvelando los valores estéticos.

La vivencia del encuentro con la obra de arte.

Al producirse el contacto del adolescente con la obra artística se genera una experiencia psíquica compleja. La primera tentación es descomponer la en partes elementales (por ej., percepciones visuales o auditivas, emociones de risa o de miedo, formas de la simpatía, etc.). Pero podemos prescindir de este enfoque analítico y advertir que en el goce del espectáculo puede darse una satisfacción de necesidades del adolescente quien, a través de esa vivencia restaura un equilibrio psicofísico perdido. Tal sería el caso de una descarga de agresividad o de temor gracias a la contemplación de un tema dramático (antigua pero siempre lozana teoría de la catarsis o depuración del ánimo).

Sin embargo, no nos detengamos en esto que -siendo importante- no agota el contenido de la experiencia. Rescatemos la teoría de la proyección sentimental. Líneas, figuras, colores, melodías, tonos, cuerpos, ritmos, son ocasiones para que el joven espectador los anime y los vivifique, les transfiera el movimiento de su propia alma.

Mas, llegados a este punto, surge una duda justificada: Todo placer del contemplador adolescente está reducido a lo que él mismo vuelca o provee?

La obra de arte se limita a despertar emociones, a reactivar sentimientos, a dar ocasión que se canalicen tendencias energéticas? Desde un principio podemos afirmar que la experiencia estética es algo más, sin duda, que una mera proyección sentimental.

La obra de arte se muestra al joven más allá de su apetito, escapa de la sujeción al impulso. "Está ahí" abierta o acaso cerrada al contemplador. Del encuentro singular entre el espectador y la obra surge el goce estético. De un lado un buscador apasionado; de otro, un misterio que no se agota.

En el adolescente palpita un anhelo de expresión (E. Spranger) que, por lo común, se manifiesta en el hilado sutil de la fantasía. Esta función desempeña un rol supletorio del contacto con la realidad, cuyo enfrentamiento cuesta asumir y esa lateralidad de la vía imaginativa encubre una timidez, una inseguridad muy íntima y difícil de vencer.

Por lo tanto, esa fantasía antes que ser creadora artísticamente es formadora del yo y la personalidad (lo dice muy bien E. Spranger). Los ensueños que se tejen componen, en verdad, un universo de sentidos no expresos, que aleatan en el alma del adolescente.

Por su parte, el goce artístico -según dijimos- exige una elevación por encima de los impulsos y de los anhelos. Se plantea esta cuestión entonces: Le es posible al adolescente trascender a ese nivel de apetitos y deseos? La respuesta de quien los ha observado es negativa en la gran mayoría de los casos.

5. Las claves.

Hay una cuestión subyacente que asume un papel decisivo. Se refiere al contacto entre el sujeto y la realidad. Esta relación es ardua y cuesta enfrentarla, resolverla, asumirla, en fin. Durante la vida infantil el camino espontáneo es entregarse a la magia del juego. Esa actividad ha sido vista como un modo indirecto de conocimiento y adaptación a lo real (Huizinga, Buytendijk, Piaget). Si aceptamos esta concepción y pensamos en el paralelismo vigente entre el juego y el arte, se nos descorrerá una interesante perspectiva de explicación.

Empecemos por señalar las razones de parentesco entre la experiencia lúdica y la obra artística. El carácter autotélico de ambos, el hecho de que una y otra tengan su fin en sí y no en otra cosa fue percibido con agudeza por el poeta F. Schiller, entre otros. A este rasgo se añade que tanto el juego como el arte se separan del trabajo por razones de espontaneidad y placer. Este tema fue examinado por la filosofía del arte con prolijidad. Con evidencia, el arte es distinto del juego, aunque genéticamente puede haber nacido de él. La actividad artística concluye en una obra que permanece, el juego se agota en el jugar.

Pero, si bien la identidad no es aceptable, sí podemos pensar que el juego es al niño lo que el arte es al adolescente. Por qué lo afirmamos? Veamos de aclararlo:

La infancia, ya lo señalamos, va tomando conciencia de la realidad a través del juego. Cuando, mediante la vivencia del "como-si", se desprende del mundo "serio" y fragua la ilusión del juego, en verdad no abandona la realidad, sino que aprende a conectarse con ella por otro camino. Con sus juegos de símbolos,

de roles, de construcción y de reglas sociales, va haciendo su aproximación al mundo real de los adultos.

El ambiguo adolescente, que abandona el territorio de la niñez para explorar otros campos, va penetrando en estratos más amplios y profundos de la realidad. Pero siente inseguridad y aprensión (recordemos la caracterización dada en el ítem 3.). Entonces el arte se le presenta como posibilidad de ensanchar el campo de sus vivencias, de experimentar vida no vivida, de introducirse indirectamente en la realidad a través de la ficción artística. En esto reside la honda motivación que aproxima al adolescente al teatro, al cine, a la novelística, a la poesía y la música.

También esto aclara el por qué de la genuina admiración que siente por el artista teatral o cinematográfico, debido a la posibilidad que estos tienen de vivir "muchas vidas" que quisiera vivenciar él.

Asimismo, sus preferencias se vuelcan por aquello que manifieste turbulencia de sentimientos y de pasiones, que radicalice el sentimiento de libertad, que viole las reglas de la lógica, que transmita vibración en grado intenso. De ahí su persistente adhesión a románticos o expresionistas o a los movimientos artísticos que renueven sus principios.

6. Problema pedagógico y un camino de solución.

Se puede alegar con justeza: Lo que el adolescente hace no es sino servirse de la obra de arte para un beneficio instintivo, sensorial, sentimental. No es ésta la aproximación deseable. La aspiración estética y pedagógica apuntan a otras metas, al descubrimiento de valores, a un enriquecimiento educativo.

Aquí emerge con nitidez la necesidad de orientación, de crítica y ejercicio de una comprensión elevadora. Para que el joven no se quede en un mero gustador (aunque empiece por serlo y en ello no hay daño, pues es una necesidad), la orientación docente le irá proponiendo un plan escalonado de experiencias estéticas en diversas áreas del arte, que permitirán un gradual ascenso en calidad y complejidad.

Los encuentros con obras literarias, plásticas o musicales, provocarán variedad de experiencias que permitirán la discusión y el análisis ulterior. Sin esa faz de examen e intercambio se perderían ocasiones óptimas para madurar y crecer interiormente. La oportunidad de reflexionar sobre lo contemplado produce la necesaria decantación de lo realmente valioso, el afinamiento de la capacidad de ver y oír, el desarrollo de un sentido crítico fundado y coherente.

El cultivo de una comprensión elevadora por parte del profesor abrirá el alma del adolescente a la percepción externa e íntima. Tanto como sepa aquilar la obra de arte, también aprenderá a conocerse mejor, a discernir la secreta intención de sus vivencias, a objetivar sus conflictos, a ensanchar las dimensiones de su modo de concebir la vida y el mundo.

De esta manera la experiencia estética obrará como un factor de equilibrio en la relación sujeto-mundo. Uno y otro componen una unidad que tarda en asumirse. Uno y otro componen universos aparentemente disjuntos, pletóricos de símbolos y significados, que se gobiernan por principios diversos lógicos y alógicos. La relación con el mundo se va dominando por la vía racional del

conocimiento científico y la experiencia práctica y así, también, por el camino de los afectos y la sensorialidad. Con la intimidad ocurre otro tanto. El proceso de hacer consciente lo inconsciente, de elevar la vida afectiva, de proyectar las imágenes inquietantes, de jerarquizar la sensorialidad, encuentra en la experiencia del goce estético un estímulo, una promoción, una catálisis.

NOTA: Ha sido muy grato para el autor de este trabajo apreciar la recepción y coincidencia de profesores especializados en esta área educativa. Con ocasión de los Encuentros sobre formación artística, escuela y comunidad (Proyecto DINEMS - UNESCO, ARG/73/001), ocurridos en el presente año en la Capital Federal y San Juan, los trabajos elaborados revelan una sólida comprensión y una fina muestra de las posibilidades de planificar inteligentemente la tarea educativa en este campo. Remito, pues, a los lectores al conocimiento de esos aportes con la certeza de su calidad.-

Bibliografía recomendada.

- ENGELMAYER, Otto: Psicología evolutiva de la infancia y la adolescencia, Kapelusz. Buen análisis del mundo de la percepción, del juego y la creación, del dibujo y el habla y, por fin, de la belleza y el arte.
- LEIF, J. - DELAY, J.: Psicología y educación del adolescente, Kapelusz. Se encuentran interesantes observaciones y proyectos de investigación en el capítulo 9, T.II, "Afectividad y cultura". Allí se examina la relación del adolescente con la literatura, el teatro, el cine, la canción y otras artes: música, pintura, escultura.
- NERI, Ricardo: Juego y juguetes, Eudeba. Muy atractiva exposición de observaciones y concepciones teóricas del juego y la cultura (Cap. IV), el juego y la belleza (Cap. V); juego, trabajo y arte (Cap. VI); el juego y la fenomenología de lo juvenil (Cap. VIII); el juego, la representación y la libertad (Cap. IX). El lector interesado podrá encontrar ahí una buena orientación bibliográfica sobre estos temas.
- SPRANGER, Eduardo: Psicología de la edad juvenil, Revista de Occidente. Este tratado clásico de la psicología del adolescente

presenta un brillante Cap. III sobre "vida y creaciones de la fantasía en el adolescente". El sentido de "la comprensión elevadora" está filosóficamente fundado en el Cap. I.

Con relación al tema de la caracterización de la adolescencia, el autor de este trabajo ha desarrollado esa cuestión con amplitud en "I.I.E. - Revista del Instituto de Investigaciones Educativas" en los Números: 6, Epifanía y temporalidad; 7, Significado del cuerpo y su imagen; 8, Sexualidad, erótica y amor. En todos los casos se adicionan orientaciones bibliográficas.-
